

UNA IGLESIA SIN COMPLICACIONES

Acabo de leer un libro recién publicado de corte realista, aunque moderado, de un famoso escritor católico. Se titula: «¿Qué está sucediendo en la Iglesia católica?».

El libro, si bien americano, no se dirige a los católicos de ese país únicamente, sino a todos los católicos de nuestra civilización europea, por la simple razón de que trata de los problemas que hoy nos afectan a todos los que vivimos en Occidente, sea en España, Francia, Italia, Alemania, América del Norte o Latinoamérica.

Todo el problema se podría centrar en un ejemplo. Estados Unidos era un país eminentemente protestante hasta hace poco; pero cuando el catolicismo obtuvo una adecuada libertad, la Iglesia de Roma se convirtió —por las causas que sean— en el grupo cristiano más numeroso del país. Sin que podamos precisar exactamente sus efectivos, piensan los especialistas que debe encontrarse cercano a los 50 millones el número de norteamericanos católicos entre los 200 millones de habitantes de la nación.

Este grupo religioso formó hasta el Concilio un bloque compacto de corte conservador: su religiosidad estaba centrada en los peores y más discutibles elementos de la práctica usual entre los simples creyentes en países de tradición católica como el nuestro o como el italiano.

Por eso podían decir con falso orgullo los sacerdotes allí: «Lo más hermoso de la Iglesia es que, esté donde esté, siempre es la misma y nunca cambia» (A. Oursler Armstrong, «¿Qué está sucediendo en la Iglesia?». Ed. Sal Terrae, Santander).

Estas dos cosas —el avance del catolicismo y su solidez inmóvil— es lo que atribuían a éste no sólo los sacerdotes, sino también los cristianos no-católicos. Véase un ejemplo: La señora White, que fue en el siglo pasado la principal promotora del movimiento religioso adventista, y fundó (con su marido y el señor Bates) concretamente la Iglesia Adventista del 7.º Día, confiesa en su famoso libro «El conflicto de los siglos»: «El catolicismo gana terreno en todos sentidos; véase el número creciente de sus iglesias y capillas en los países protestantes; nótese la popularidad de sus colegios y seminarios en Norteamérica» (E. G. White, «El conflicto de los siglos». Ed. Española, Barcelona). Esto, en lo que respecta a su crecimiento espectacular en años anteriores. Y poco más adelante —en el estilo descarnado y realista que entonces usaban los protestantes— dice: «La Iglesia católica mira actualmente al mundo con apacible rostro, tratando de cohesionar la larga lista de sus horribles crueldades. Se ha puesto vestiduras como las de Cristo; pero, en realidad, no ha cambiado. Todos los principios formulados por el papismo en edades pasadas subsisten en nuestros días. Siguen profesándose aún las doctrinas inventadas en los siglos más tenebrosos, que nadie se engañe» (E. G. White, o. c.). Ese es el mismo inmovilismo que los católicos americanos veían, aunque lo valorasen con colores diametralmente opuestos en su idealismo romántico.

Sin embargo, el Concilio Vaticano II —por más tímido que sea en muchos aspectos— dio, en la teoría y en la práctica, un viraje de ciento ochenta grados a estos dos aspectos que parecían la marca distintiva antes, al menos a los ojos superficiales de muchos amigos y enemigos.

Hoy, en cambio, es una adquisición católica que la Iglesia «necesita permanentemente» una «perenne reforma» (Decreto sobre Eclesiología, número 6). Se ha convertido en la Iglesia «semper reformanda» que pidieron los grandes reformadores protestantes del siglo XVI, aunque luego fuesen éstos poco amigos de aceptar más cambios, sobre todo sus continuadores de siglos posteriores, anquilosándose así en unas posiciones rígidas los grupos protestantes más importantes y difundidos.

Esta adquisición católica es, además, manifiesta en la práctica, cosa que he señalado abundantemente en mis artículos. Lo que no está tan claro es si es suficientemente satisfactoria y progresiva esta transformación necesaria.

Hablando en estos días, que se ha celebrado la VIII Asamblea Adventista de España, con el presidente de la región transmediterránea (que abarca 55 países del sur de Europa y buena parte de África) y que coordina las Iglesias Cristianas Adventistas del 7.º Día, me decía con sorpresa: «En mi país de nacimiento, Norteamérica, cuatro mil sacerdotes católicos han abandonado el ministerio, y siete mil monjes han dejado sus conventos». Y por si esto fuera poco, le añadí por mi parte: el descenso en la práctica religiosa (en un país donde se obtenía uno de los porcentajes más altos) es notable; la ausencia de conversiones, casi total, y las defecciones de la Iglesia, crecientes.

El balance es que no sólo en USA, sino en todo Occidente,

nuestros efectivos religiosos, siempre en incremento hasta ahora, en vez de aumentar, disminuyen.

Unos —los conservadores, naturalmente— atribuyen todo esto a los cambios producidos por el Concilio. Otros —los progresistas— lo achacan a lo contrario: a la lentitud en estas necesarias transformaciones.

Pero la verdad es que me pregunto, ante esta realidad, lo mismo que se preguntaba hace cien años el gran historiador que fue el sagaz Cardenal Newman, si los hombres y mujeres auténticamente cristianos han sido siempre muy pocos; si el sentimiento religioso profundo es cosa de muy poca gente.

Y de ser verdad esto, como yo creo, habrá que concluir que lo ocurrido con estas transformaciones ha sido no una crisis, sino una clarificación.

Porque llamábamos religioso —en el sentido cristiano de la palabra— a una serie de cosas de origen pagano que entraban en el capítulo de la superstición o, en el mejor de los casos, de la semi-superstición. Y todo ello lo bautizábamos de católico.

No es extraño, por eso, que la protestante señora White dijera cosas como éstas (que el lector sabrá entender con algo menos de sentido folletinesco que ella): «La Iglesia católica romana, al entrefundir las formas del paganismo con las del cristianismo y al presentar, como hiciera el paganismo, el carácter de Dios con falsos colores, ha recurrido a prácticas no menos crueles, horribles y repugnantes» (E. G. White, o. c.).

Y, por eso, al hacernos cuestión los católicos, tras el Concilio, de tantas cosas que ingenuamente se habían considerado como venerables o intangibles, se empieza a quedar la Iglesia con los cuadros semivacíos. Pero esto no es ningún mal, sino, al contrario, es un bien.

¿Por qué? Porque toda esa ganga de que hablaron los críticos del catolicismo era un peso muerto para el auténtico espíritu del cristianismo, como señaló acertadamente la fundadora del adventismo: «La religión de Cristo no necesita de tales atractivos: el verdadero cristianismo se muestra tan puro y atractivo... que ningún ornamento exterior puede realzar su verdadero valor» (o. c.).

Sin embargo, al asistir a las ceremonias religiosas de cualquier iglesia cristiana no católica me encuentro siempre con algo descorazonante: que, al cabo de los años, vuelven a caer ellos también en los mismos defectos que achacan con razón al catolicismo histórico de su país.

Si la señora White —siguiendo el ejemplo anterior— critica en los católicos el órgano y las voces melodiosas en la Iglesia, sus seguidores ponen un magnetofono con música de órgano y tocan y cantan melodiosas canciones de iglesia. Si los ritos son vituperados por ella, la ordenación de sus ministros —tal como la presencié en estos días— está llena de ceremonias que, por sencillas que sean, no dejan de ser extrañas al Evangelio y resultan igualmente criticables que las católicas de antes del Concilio.

En una palabra, no veo, desde el punto de vista puramente externo, qué ventaja haya en aceptar este ritualismo más sencillo, pero monótono y rígido, que han ido estableciendo con el tiempo las iglesias cristianas no romanas, en comparación con la renovada liturgia católica existente después del Vaticano II. Es más, creo que —en una comparación objetiva e imparcial— se lleva la palma el ritualismo católico posconciliar, como puede apreciar cualquiera en la ceremonia actual del bautismo y de la liturgia eucarística.

Y, sin embargo, todo esto no resuelve gran cosa, porque la pretensión de atraer con ello a grandes masas —lo mismo en el adventismo que en el catolicismo o en cualquier otro grupo— es o condenarse al fracaso por no conseguir ser ya atraídas con este señuelo, o conseguirías sólo a costa de aceptar el pueblo o la masa popular el ritualismo religioso semineurótico de repetición, que nada tiene que ver con la sencillez evangélica que apenas dice relación con la religión del paganismo no cristiano o del cristianismo pagano de los que se dicen muchas veces creyentes en el Evangelio.

Ante estas experiencias negativas debiéramos ser más modestos y acostumbrarnos —en una época de desmitificación como la nuestra— a echar por la ventana esa ganga, anticuada o renovada, que no es el Evangelio estricto. Iríamos así hacia una modesta Iglesia pluralista, de simple convivencia cristiana, en que lo fundamental sería la comunidad vital de creencias básicas en las Palabras de Jesús, en los artículos de la fe de todos los siglos, sin más añadiduras paganas o paganizantes.

MIRIAM MAGDALENA